

milia? ¿te propones acaso que se extinga contigo el nombre glorioso de nuestros antepasados?

Espinosa no contestó á esta pregunta; quizá presentía ya que inmortalizaría este nombre de otro modo; pero insistió con su padre, afirmando sus instintos de independencia y repitiendo que el rabin, al recibir una retribucion, se convertía en criado de los particulares. Se regocijaba el viejo español de ver revivir en su hijo el orgullo de raza, aún no extinguido en su alma.

—Sea,—dijo por fin el padre,—como deseas. Cuando examino todos los oficios, observo que este es el mejor para aquel que no dispone de gran capital.

Fueron á ver á Ch. Huygens, hábil en el arte y tío del gran matemático del mismo nombre, aunque desprovisto del genio poético de su hermano y del científico de su sobrino. En el curso de la conversacion, Espinosa dijo al maestro que conocía las leyes de la óptica, que sabía bastante bien las matemáticas y acabó preguntándole si podría aprender su oficio en seis meses.

—¡Seis meses!—gritó Huygens, dando un salto en su silla;—llévete el diablo. Hace 47 años que ejerzo mi oficio y apénas si puedo decir que lo entiendo y soy capaz de enseñarlo. Hay en mi taller obreros que llevan siete y ocho años y que no saben componer este microscopio, si yo lo descompongo ahora. Debo advertiros que el oficio es insano; además es malo; no se gana nada en él.

A pesar de todo, Espinosa convino que, por una módica retribucion, podría aprender el oficio todo el tiempo que quisiera. Entró, pues, nuestro filó-